

Triunfadores

Seudónimo: J.P.Rampal

Soy zurdo de toda la vida. Parece obvio pero no lo es.

Cuando terminé primero de escuela recuerdo que llamaron a mi papá y a mi mamá a una reunión con la maestra y la directora. Como no tenían con quién dejarme, me llevaron. Me querían dejar repetidor por bajo rendimiento; finalmente papá se impuso y me pasaron a segundo.

Recién en invierno del segundo año, mi maestra se percató de que yo siempre atinaba a agarrar el lápiz con la izquierda; por lo tanto, era zurdo.

Antes, no recuerdo si agarraba la cuchara con la izquierda, pero de última, nadie reparó en eso. Y cuando jugábamos al fútbol, en la escuela o en el barrio, era tal la montonera de gurises y piernas corriendo desaforadamente detrás de una pelota, que poco importaba con qué pierna le pegaba.

Papá siempre soñó con que yo fuera deportista.

En realidad, soñó con salir de la pobreza o, si no de la pobreza, por lo menos salir de esa situación de asfixia crónica, de estar siempre al límite de las posibilidades económicas a través de mi éxito deportivo.

Él fue toda la vida barrendero en el barrio La Mondiola. Siendo yo muy chico, especialmente en el verano que no había escuela, me llevaba. Levantaba su carrito atrás del zoológico, muy temprano, a las seis de la mañana. Tuvo siempre el mismo carro, por lo menos desde que tengo memoria hasta que se retiró. El carro lo llevaba adornado con banderines de Peñarol que colgaban a cada lado y un pequeño espejo de bicicleta que

usaba como retrovisor. Además, enganchaba todos los días una vieja Spica, que era lo único que se encargaba de desarmar al finalizar el turno y volver con ella a casa.

Tenía un gran balde atrás y adelante un soporte para el escobillón y la pala. En ese soporte iba yo entonces, parado, y cuando me aburría correteaba un poco alrededor de él o lo ayudaba a amontonar las hojas de los fresnos acumuladas en los cordones.

Cuando supo era zurdo soñó con que sería centrodelantero. Fijate Morena, me decía, se cansa de hacer goles, y es porque es zurdo. Y especulaba con tal entusiasmo que yo mismo, por momentos, pensaba que quizás algún día gritarían mi nombre en el estadio.

En esa época mamá trabajaba todo el día, así que papá me llevaba de madrugada a lo de Doñadiamantina, que era una vieja negra que vivía en el barrio, y allí almorzaba y luego, a la una, me acercaba a la escuela.

Doñadiamantina, todo junto, que así la conocían todos en el barrio, era enjuta, de carnes magras y edad indefinida. Siempre fue igual, su aspecto nunca cambió. Tenía una sonrisa amplia y bondadosa, los dientes blanquísimos, bajita con los ojos rasgados y cansados. Andaba siempre con una bata larga hasta los tobillos, delantal con bolsillos amplios donde metía sus manos permanentemente. Era la lavandera del barrio, lavaba a mano toda la ropa blanca, sábanas, manteles y túnicas.

Luego planchaba y armaba enormes paquetes con los que hacía un envoltorio que, apoyándolo en su cabeza, en perfecto equilibrio, salía a repartir en el barrio.

Yo me pasaba mañanas enteras en el corredor de acceso a la última casita del fondo, que era la suya, pateando la pelota contra las paredes, jugando partidos enteros con jugadores imaginarios, hasta que algún vecino protestaba.

Pronto papá me llevó a practicar al Huracán de la Mondiola, club del barrio. Me acuerdo el primer día que me llevó y dijo “aquí les traigo el futuro Nando Morena” y yo reventé un pelotazo con la zurda como para que no quedaran dudas de sus palabras.

Jugué un tiempo de centrodelantero, con suerte variada. Papá me iba ver desde el costado de la cancha, donde yo iba y venía entre terrones y cascotes.

Me hice amigo del manicero, un viejo alto, de bigotes abundantes en V invertida, con un pito en el vértice, que mordisqueaba sin cesar y cada tanto hacía sonar lastimeramente, convocando a los niños.

Cada vez que a su juicio jugaba bien o hacía un gol, me regalaba un conito hecho de diarios repleto de maníes calentitos.

Poco después ocurrió algo que cambió mi historia. Doñadiamantina era cuidadora del Consejo del Niño, y siempre tenía algún negrito o negrita en su casa, por el que recibía algún peso extra que complementaba sus ingresos.

Por aquella época estaba a cargo de un negrito, Spencer, que tenía más o menos once años, como yo, pero ya esbozaba unos pelitos en el bigote, era alto, enjuto y aparentaba catorce.

Por ahí un día a la negra se le ocurrió llevar también a Spencer al Huracán de la Mondiola. Desde ese día nunca más jugué de centrodelantero.

Jugaba Spencer, que no sé si era bueno para el fútbol pero nos sacaba una cabeza y media a todos los gurises, así que lo que me quedaba era jugar de puntero izquierdo.

Al principio, papá quedó un poco agobiado con la situación. No podía reprocharle nada a la pobre Doñadiamantina.

Serás un Ruben Romeo Corbo o Julio Cesar Jiménez, decía con entusiasmo resignado. Sabía que un 9 vale mucho más que un 11, pero igual sería suficiente como para soñar un futuro mejor.

Pero al poco tiempo me aburrí. Para mí Spencer no tenía once años y perdía más tiempo en discutir eso que en practicar.

Empecé a jugar al básquetbol en la cancha pegadita a la de fútbol. Papá abandonó su sueño futbolero y, con entusiasmo, me decía “parecés el Chumbo Arrestia”, o incluso después me empezó a decir “Fefo”. Aunque no ignoraba que se pagaba mucho menos en el básquetbol y cuando podía, me lo hacía saber.

Fue más o menos entonces que empezamos con Spencer a frecuentar la cantina de enfrente a las canchas.

La primera impresión de la cantina era simultáneamente de hostilidad e intriga pero pronto se convirtió en mi segunda casa. El ambiente cálido de los parroquianos, el olor, mezcla de humedad, cigarro y alcohol, la ausencia de reproches y recriminaciones, las anécdotas, los primeros chistes verdes e historias de mujeres y proezas sexuales, nos atraparon rápidamente.

A Doñadiamantina le decíamos que íbamos a practicar pero en realidad íbamos a jugar al casín con Spencer.

La mesa del casín ocupaba casi toda la cantina, que tenía un mostrador poblado con infinidad de botellas de todos los colores pero donde predominaban las amarillas y naranjas.

Los parroquianos al inicio no nos dejaban agarrar un taco; empezamos por contar los puntos en una especie de ábaco grasiento y poco a poco nos fueron enseñando los secretos del juego. Nunca habían visto un zurdo y un negrito jugando así que eso también les divertía.

Tomaban caña, grapa o algún whisky ya desde la mañana, que dejaban apoyados en diversos sectores de alrededor de la mesa (cada uno tenía un rincón tácitamente acordado y respetado).

Y nos enseñaban: se ponían enfrente, agachaban el cuerpo y cerrando un ojo calculaban el ángulo exacto con que debíamos pegarle a la bola, marcando con un dedo en el borde de la mesa a dónde dirigirla. Y así pasamos de hacer dos bandas a tres e incluso cuatro bandas. En poco tiempo competíamos con todos los viejos y participábamos en los campeonatos internos.

Papá de esto no sabía nada.

Un día encontró una revista con una entrevista a Guillermo Vilas y varias fotos donde lucía un desmesurado brazo izquierdo... ¡Mirá, esto es para vos! me dijo. Los zurdos en el tenis son ganadores, porque no les aguantan el saque. Y hacen buena plata...

Nunca llegué ni a ir a una clase, que papá tenía prevista en las canchas del Parque Rodó.

Un día salí del liceo y lo pasé a buscar al terminar su jornada de barrendero.

Hacía frío y un mundo de hojas marrones se acumulaban en las veredas.

Lo vi salir por el portón lateral del zoológico, cansado, ya canoso, avejentado, la camisa salida del pantalón, despeinado. Empezamos a caminar hacia casa, en silencio. Llevaba la Spica en la mano izquierda y el cigarro con la otra mano. La tarde empezaba a caer

precozmente cuando, al pasar frente a un club de barrio, más coqueto que el nuestro, me invitó a entrar.

Se pidió una caña, se apoyó en el mostrador y me pidió un refresco.

Un rato después, nos invitaron a un campeonato de casín, con nosotros seríamos cinco parejas, dos mil pesos por cada pareja hacían un incentivo interesante.

Me interrogó con la mirada y asentí sin dudarlo. Al rato, bajo el asombro de papá, empecé a demostrar todas mis habilidades. Carambola de dos, tres y cuatro bandas, sumando puntos tirando los palitos del centro, picando las bolas por encima de las quillas, pasando el taco por la espalda para solucionar una situación compleja, le demostré toda una gama insospechada de recursos.

Ganamos. El viejo estaba que reventaba de alegría y orgulloso de mí, creo que fue la única vez que lo vi pleno.

Ganar al casín en un club del barrio, con desconocidos enfrente, era, sin duda, una proeza que le llenaba el corazón.

Salimos ya de noche. Me pasó el brazo por los hombros y dejó caer su mano en mi pecho.

Y así nos fuimos caminando en silencio las quince cuadras hasta casa.

A Manuel Gómez, como supe después que se llamaba Spencer, hace años que no lo veo.

Jugó un año en la primera de Miramar y después se fue a trabajar de mozo a Canadá.